

# De Salmo del juicio final

*Ancora publica dos relatos de Salmo del juicio final, primer libro de cuentos del Dr. Rafael Angel Herra que la Editorial Costa Rica publicará el próximo año. Se trata de cuentos críticos, de humor, de temas míticos y de experimentación formal. Catedrático de la Escuela de Filosofía de la Universidad de Costa Rica y director de la Revista de Filosofía, el autor trabaja en una novela que estará lista a finales de año.*



## El extranjero de Esopo que soplabla hielo y fuego

**H**abía una vez un extranjero que tocó a la puerta de un sátiro, cierta noche de invierno muy fría. El sátiro abrió y el extranjero cautivó a su familia y obtuvo un lugar cerca del fuego. Mirando las brasas, quiso agradecer la hospitalidad y dijo:

—Me gustaría instrueros en la cocina, mostrándoos cómo se cuece un caldo de piedras.

Escuchar esa promesa en el frío de la noche invernal regocijó el corazón de los sátiros. Uno buscó guijarros porosos del jardín, otro fue por agua, la sátira colgó del llar un caldero, vertió el agua, echó las piedras, atizó el fuego y todos esperaron en suspenso y apretando los dientes.

Cuando se escuchó el hervor del agua, el extranjero pidió sal y dijo:

—Este caldo tendrá un gusto más agradable con un grano de sal.

Y le trajeron sal.

Después dijo:

—Este caldo tendrá un sabor más denso con unas costillas de vaca.

Y le trajeron costillas de vaca.

Después dijo:

Este caldo tendrá un sabor generoso con verduras y coriandro.

Y le trajeron verduras y coriandro.

Cuando el caldo estuvo listo y la carne se sintió blanda, todos comieron y los sátiros se admiraron de que el extranjero hubiera podido sacar un sabor tan gustoso de las piedras de su propio jardín.

Un año después tocaron a la puerta de los sátiros nuevamente. El extranjero volvió y pidió lumbre y se regocijó de sentarse junto a las brasas y de tomar caldo de guijarros porosos. Traía consigo una piedra de Magnesia que provocó la maravilla de los anfitriones, a los cuales dijo:

—He dotado a esta piedra de un poder especial. Ved cómo atrae a los metales. Podéis hacer milagros con ella.

Y obtuvo a cambio una bolsa de monedas que los sátiros tenían guardada.

Al invierno siguiente llamaron a la puerta, y el extranjero que todo lo podía entró y gozó otra vez del fuego y del caldo. Pidió atención a la familia y dijo:

—Hoy quiero enseñaros a conservar la nieve.

Entonces hizo abrir una fosa en el piso, la llenó de nieve y le puso una piedra a la entrada. Pasó el invierno, llegaron los días cálidos y después volvió el frío y con el frío el extranjero que abrió la fosa y mostró a los sátiros la nieve de antaño. Finalmente bebió un chararro de caldo y se llevó los dineros que la familia había ahorrado en dos años.

Doce meses después tocaron a la puerta de los sátiros y era el extranjero que pedía sentarse otra vez junto al hogar. Cuando hubo satisfecho la sed y el apetito y ya no sentía frío en su cuerpo, dijo a los anfitriones:

—Tengo un cristal que deforma las figuras.

El extranjero sacó el cristal de la bolsa y mostró a sus interlocutores espantados cómo los caracoles y los huesos de aceitunas se alargaban o encogían. Con esto podéis ganar muchos dragmas, les dijo. Y obtuvo a cambio un bolsín repleto de monedas.

Cuando llegó el invierno siguiente llamaron otra vez a la puerta del sátiro. El visitante se calentó junto al fuego y enseñó a los anfitriones un metal bruñido: Mirad vuestro reflejo, les dijo; y se fue con las monedas de los sátiros, los cuales se pasaron aquel año mirándose el rostro de chivo en el espejo.

Vino el séptimo invierno, más frío que los anteriores y, con la nieve, el visitante que llamó a la puerta. Cuando el sátiro lo vio soplarle los dedos, le preguntó que qué hacía, y el extranjero le dijo:

—Me caliento los dedos.

Y ya junto al fuego, como vio el sátiro que el huésped soplabla sobre el caldo de piedras, le preguntó que qué hacía, y el extranjero le dijo:

—Enfrío el caldo.

Entonces el sátiro y los sátiros de su familia pensaron que el extranjero era un farsante que decía calentar y helar las cosas con el soplo de su aliento, y le echaron los perros.

## La humillación de Minos

**P**iedra a piedra, sombra sobre piedra, piedras que descansan en las sombras, piedras que se abren, muros que ensombrecen, corredores que marcan, paso incierto entre paredes sin espacio, piedra bajo piedra, y en alguna esquina el horror. Yo conozco el inútil porvenir de mi casa, el porvenir incierto de mi casa, los gritos, la traspiración de las alcobas; yo conozco hasta lo imposible mis trescientos treinta y tres arsenales, morada inexpugnable, cortes donde hay un toro, jardines, corredores, escaleras que descienden hasta el mal y pasillos que terminan en los jardines sin flores; yo conozco lo imposible de las aguas, los canales, los senderos subterráneos, los narcisos que hace un siglo no florecen; y he visto la tristeza voluptuosa de mi carcelero. He gozado los placeres tardíos de los reyes, he sentido

tierna palidez, la voz difusa, el vaho, la escalera que desciende al reino del mal en el que los jardines no florecen.

Piedra a piedra, sombra sobre piedra, piedras que descansan en las sombras, piedras que se abren, muros gruesos: de aquella tradición victoriosa no quedan ni lágrimas sobre las piedras, sólo olvido, palidez del rostro que no ve el sol, mugido musculoso de mi carcelero.

Yo fui el poder insoportable, yo fui el Poder, la vigilia de las alcobas cerradas, el placer y el mal, cuando las vírgenes empezaron a llegar y llegaron a mis patios habitados por toros y gozaron

del sacrificio en homenaje mío. Ya se han borrado en la memoria el gozo y el poder insoportable, no hay autoridad: los jóvenes llegan con las vírgenes y usurpan mi tálamo de rey, el tálamo intocable, lo único sagrado, la pureza que vigilaba un gran silencio, y orinan en la sala del trono, en el trono, detrás del trono magnífico de piedra bruta, y en la sala real, y en todas las paredes, y en mi cabeza, en mis patios, en mis corredores, en mis escaleras, en mis piedras, en mis sombras, en las sombras de mis corredores, en las escaleras, en los patios, en los jardines donde no florecen los narcisos, en la testa de mi carcelero.

No me bastan los detalles infinitos de mi palacio que es casi infinito para evocar y olvidar mi imperio; ni sentir las telarañas desgarrarse y renovarse y perlarse de gotitas de orines. Mi vergüenza de rey sabe que algo madura bajo el cielo, un fruto primitivo, un deseo que me llena desde el tiempo sin memoria, mientras voy y vuelvo y vago y me repito entre las sombras, sobre piedras, entre muros, corredores, arcadas, patios sin futuro. Después de tantos años de paciencia, al cabo de tanto dolor, en el caos de tanta vergüenza y cuando la vergüenza es suprema, y aunque ya casi olvidé lo ya dispuesto, algo pasará, no pienso desfallecer: tal vez adopte el nombre de Teseo y me embarque en un trirreme de velas negras en la dirección de Atenas.